

MUERTE DE UN CAMARADA

Peter Gowan (1946-2009)

Con la muerte de Peter Gowan el 12 de junio de 2009, la izquierda internacional ha perdido a uno de sus más perspicaces analistas políticos, y *New Left Review* al camarada más generoso y leal. Peter fue un intelectual socialista del más alto calibre, que combinó una enorme energía e independencia de juicio con un espíritu verdaderamente colectivo. Colaborador de *NLR* desde los años setenta, Peter se unió al comité editorial en 1984; sus intervenciones en la revista constituyen un conjunto sustancial de análisis por derecho propio. Su obra se tradujo a muchas lenguas y contó con lectores en todos los continentes; a diferencia de otros, era increíblemente paciente contestando sus correos electrónicos. Le encantaban las buenas argumentaciones, aunque siempre fue extremadamente cortés con sus críticos¹. Para mí la pérdida tiene una dimensión profundamente personal. Él fue un amigo íntimo y un camarada desde que nos encontramos por primera vez como activistas en la Campaña de Solidaridad con Vietnam en 1967. Pocas fueron las cosas de las que no discutimos durante las últimas cuatro décadas.

Peter nació en 1946, tres años después de su hermana Philippa. Eran niños de la guerra en sentido clásico: su padre, un oficial canadiense de ascendencia escocesa con base en Londres durante el conflicto, ya estaba casado. Su madre, Jean MacDonald, provenía de una acaudalada familia de Glasgow que se quedó de piedra cuando ella rompió su compromiso con un joven de la localidad y optó por su misterioso canadiense. Los dos hijos nacieron en la casa de su abuelo en Glasgow. Cuando se vendió apresuradamente tras su muerte, Jean se mudó a Belfast y crió a sus dos hijos como una madre soltera, recibiendo ayuda «no oficial» de sus hermanos, que pagaron la educación de Peter. Philippa y Peter nunca se encontraron con su padre, algo que sin duda dejó una profunda huella en él; discutimos esto en varias ocasiones a lo largo de los años. Únicamente la llegada de sus propios hijos atemperó el tormento del padre perdi-

¹ Véase su debate con el devoto blairista y columnista del *Financial Times* John Lloyd, *NLR* 1/216 (marzo-abril de 1996) [ed. cast.: John Lloyd, «Los marxistas y la terapia de choque en Europa oriental»; Peter Gowan, «Europa oriental, las potencias occidentales y el imperialismo neoliberal», *NLR* 4 (septiembre-octubre de 2000)].

do, aunque nunca desapareció. Peter fue un padre maravilloso para sus cuatro hijos y pasó muchísimo tiempo con ellos y sus amigos, discutiendo todos y cada uno de sus problemas con la misma energía que dedicaba a las cuestiones políticas y teóricas y, en momentos de más relajación, a la jardinería.

El joven Gowan fue enviado a la escuela preparatoria de Orwell Park y posteriormente a Haileybury College, una institución inicialmente fundada en 1806 por la Compañía de las Indias Orientales para educar a los funcionarios civiles destinados a las colonias. Después de 1858 sus puertas se abrieron a todo el mundo, y la escuela se ganó una reputación de enseñanza liberal. Clement Attlee había sido alumno de la misma y las reformas llevadas a cabo por su gobierno llenaron de orgullo a la escuela en la década de los cincuenta. Peter se convirtió en un ardiente partidario del Partido Laborista durante su periodo en Haileybury. Fue fundamentalmente la influencia de su hermana la que le empujó a la izquierda: Philippa, entonces una socialista cristiana, militaba en el CND [Campaign for Nuclear Disarmament] (dirigido por Canon Collins) y en el movimiento *antiapartheid* (dirigido por el obispo Ambrose Reeves). En la Universidad de Southampton, como Peter explica en la entrevista contenida en esta misma revista, uno de sus docentes más influyentes fue Miriam Daly, una irlandesa con criterio y personalidad que le radicalizó todavía más². Ella le animó a que estudiara la Revolución rusa y su legado, que pronto se convertiría en una obsesión. Peter nunca se sentía satisfecho hasta que no había leído todo lo que podía poner a su alcance, y en este caso la bibliografía era enorme. Se embarcó en un trabajo de posgrado en el Centre for Russian and East European Studies de la Universidad de Birmingham, entre cuyos docentes se encontraba el formidable académico R. W. Davis. Pero la revolución estaba en el aire y Peter no concluyó su tesis doctoral, algo de lo que nunca le oí lamentarse.

Desde 1968 hasta 1976, Peter estuvo profundamente involucrado como militante del International Marxist Group (IMG). Lo que nos había atraído a un buen número de nosotros a este pequeño grupo era tanto su bien fundamentado antiestalinismo como, más importante, su intransigente internacionalismo: era la sección británica de la IV Internacional, que tenía activistas en todos los continentes, incluidos muchos que operaban en condiciones de clandestinidad bajo las dictaduras de América Latina y Europa meridional, sobre todo Portugal, Grecia y España. La política revolucionaria exigía un compromiso a tiempo completo; aunque las rutinas podían ser tediosas, había mucho de gratificante en esa experiencia existencial. Sobre todo, la situación política mundial exigía intervención: la resistencia vietnamita frente a Estados Unidos, la Revolución cubana y la

² Daly, cuyo padre había combatido junto a Michael Collins en la guerra civil, más tarde volvió a Irlanda y se unió al grupo socialista republicano. Según algunas fuentes, fue asesinada por los lealistas en 1980 en colusión con los servicios de inteligencia británicos. Gowan escribió un emocionado obituario sobre ella en *Socialist Challenge*.

odisea del Che, la erupción de la clase obrera en Francia, Italia e Inglaterra, con la enorme huelga de los mineros que derribó al gobierno conservador en 1974, el mismo año que la Revolución portuguesa acabó con la dictadura.

Las lealtades de partido nunca impidieron que Peter mantuviera su independencia de juicio. En 1976, *NLR* inauguró un debate sobre el «marxismo de Trotsky» con una poderosa crítica de Nicolas Krassó, uno de los líderes del levantamiento húngaro de 1956 y miembro del comité editorial de *NLR*. El proceso de desestalinización en la Unión Soviética había semi-rehabilitado a Bujarin y a otros viejos bolcheviques; tan sólo Trotsky seguía siendo anatema y éste fue el primer intento serio de discutir su legado en el seno de una izquierda amplia. Krassó era un ex alumno de Lukács, bien versado tanto en la teoría como en la práctica del movimiento comunista. Ernest Mandel lanzó una réplica defensiva. Krassó le desafió una vez más; la segunda réplica de Mandel fue más eficaz³. Recuerdo bien la primera respuesta de Peter al intercambio inicial. «Estoy de acuerdo con Krassó», me dijo. «La respuesta de Ernest no me convence.» Me obligó a releer el texto de Krassó detenidamente y, aunque me daba cuenta de que él tenía razón, *partiinost* me impedía admitirlo ante cualquiera que no fuera Peter. Resultado de todo esto fue una creciente amistad con el húngaro. En una entrevista realizada a Krassó poco antes de su muerte, Peter le preguntó cómo resumiría el sentido de la revolución húngara. Con su sarcasmo y mordacidad característicos, Krassó replicó:

He recordado con frecuencia el XIX Congreso del Partido en la Unión Soviética celebrado en 1952. Stalin guardó silencio durante la totalidad del mismo hasta prácticamente el final, momento en el que efectuó un corto discurso que impreso ocupa dos páginas y media. Dijo que había dos banderas que la burguesía progresista había arrojado y que la clase obrera debía recoger: las banderas de la democracia y de la independencia nacional. Ciertamente, nadie dudará de que en 1956 los trabajadores húngaros enarbolaron esas banderas⁴.

En febrero de 1968, un grupo de nosotros afincado en Londres había decidido lanzar una nueva publicación periódica radical. El poeta Christopher Logue fue enviado a la sala de lectura de la Biblioteca Británica para buscar nombres. Volvió con notas detalladas sobre una publicación del siglo XIX, *The Black Dwarf* [El enano negro], cuyo editor Thomas Wooler había sido encarcelado por sus furibundos ataques contra los responsables de la masacre de Peterloo. Decidimos revivirla el 1 de mayo de 1968. Una semana más tarde se levantaban las barricadas en París y uno de nuestros colaboradores, Eric Hobsbawm, las situó en el *continuum* de la historia

³ Véase Nicolas Krassó, «Trotsky's Marxism», *NLR* 1/44 (julio-agosto de 1967); la réplica de Mandel en la *NLR* 1/47 (enero-febrero de 1968); la respuesta de Krassó en la *NLR* 1/48 (marzo-abril de 1968); y la contrarréplica de Mandel en la *NLR* 1/56 (julio-agosto de 1969).

⁴ N. Krassó, «Hungary 1956. A Participant's Account», en T. Ali (ed.), *The Stalinist Legacy. Its Impact on 20th-Century Politics*, Harmondsworth, 1984.

francesa. Ofrecí a Peter su primer empleo como director de distribución del revivido *The Black Dwarf*. Se trasladó a Londres inmediatamente, encontró un edificio ocupado y se sumergió en la tarea con brío, repartiendo copias de la revista por las librerías en una furgoneta destartada. Mi recuerdo más querido de él en ese periodo es su vuelta un día a nuestras oficinas del Soho, en el 7 de Carlisle Street (en el piso de abajo de la *New Left Review*), partido de risa. Ese número incluía un vitriólico artículo de Robin Blackburn defendiendo a Herbert Marcuse de los ataques de Alasdair MacIntyre, que había escrito una biografía política ultracrítica del marxista alemán radicado en Estados Unidos para la colección Fontana Modern Masters. Encontramos una fotografía de Marcuse con su puño en alto encima de un estrado con miembros de los Black Panthers. El artículo se titulaba «MacIntyre, The Game is Up» [MacIntyre, la mentira está sobre la mesa]. Peter acababa de entregar el número en Collets, la librería radical de Charing Cross Road, que adquiriría un centenar de ejemplares de *The Black Dwarf* cada quincena. Cuando estaba a punto de salir, vio al gran filósofo cruzar la puerta. MacIntyre fue directo a la pila de ejemplares, cogió uno y comenzó a buscar hasta que encontró el ofensivo título. Peter describía cómo le miró al leer cuidadosamente el ataque de Blackburn, se puso rojo como un tomate y salió de la librería. Todos estábamos encantados. Era raro asistir al impacto inmediato de un texto sobre su objetivo.

El fin de la ola revolucionaria, que había comenzado con la ofensiva del Tet a principios de 1968, llegó con la derrota de la mal concebida insurrección ultraizquierdista acaecida en Portugal en noviembre de 1975. El año anterior un movimiento dirigido por oficiales radicales del ejército, soldados, trabajadores y campesinos había derribado la senil dictadura de Salazar, utilizando el lenguaje del socialismo y la democracia. El intento de radicalizar la situación tuvo poco apoyo de las masas y fue fácilmente abortado por el Partido Socialista y sus aliados. La debacle de Lisboa acabó con todas las esperanzas de una brecha revolucionaria en Europa, y la cultura interna de la izquierda pronto comenzó a presentar los clásicos síntomas de la derrota y la desmoralización: una cadena de escisiones imparable. Peter permaneció, en general, inmune a tales menudencias. Había comenzado a dar clases –primero en el Barking College para pasar después a la Universidad de North London, metamorfoseada luego en la London Metropolitan University–, pero seguía estando profundamente involucrado en el trabajo solidario con los disidentes de izquierda de la Unión Soviética y de Europa del Este, en parte mediante contactos con el socialista ucraniano Bohdan Kravchenko. A través de este círculo conoció a Halya Kowalsky, con quien se casó en 1973.

Europa oriental

Desde mediados de los años setenta, Peter se mostró cada vez más convencido de que la izquierda europea debía intervenir con mayor eficacia en los debates clandestinos que estaban teniendo lugar en el Este. Tal fue

el punto de partida que dio lugar a *Labour Focus on Eastern Europe*, una revista lanzada en 1977 con el apoyo de amplios sectores de la izquierda, incluidos parlamentarios socialdemócratas y eurocomunistas, y un dotado comité editorial en el que se sentaban, entre otros, Patrick Camiller, Günter Minnerup y Gus Fagan. Halya era una parte indispensable en la operación, tanto política como técnicamente: «su integridad, inteligencia y generosidad», escribió Peter en *The Global Gamble*, «han sido una inspiración así como un gran apoyo». Su manera de ver las cosas, cabal y sensata, fue puesta a prueba con frecuencia cuando Peter dejaba volar su imaginación. Inicialmente Halya planificaba la totalidad de la revista. La recuerdo con cariño entrando en la sede de IMG en Upper Street con Ivan, su hijo recién nacido, encaminarse sin vacilar hacia el horrible sótano donde se encontraba la imprenta, dejar al niño en la mesa y sentarse a mecanografiar todo un número de *Labour Focus*.

Durante los siguientes veinte años, la revista publicó textos de Jacek Kuroń, Petr Uhl, Václav Havel, Rudolf Bahro, Roy y Zhores Medvedev, Tamara Deutscher y otros, junto con documentos, debates y análisis de la Carta 77, las luchas obreras de la Unión Soviética, las feministas y los verdes europeo-orientales y, en la década de los ochenta, en la serie completa de los boletines de Solidarność. Aunque incluía contribuciones de casi todas las tendencias de la oposición en Europa del Este, *Labour Focus* era, editorial e ideológicamente, una publicación conscientemente socialista y una refutación de la noción de que la izquierda occidental era cómplice del modelo autoritario. Fue la falta de respeto de esos regímenes por los derechos sociales y políticos de los trabajadores lo que produjo su caída y bloqueó la posibilidad de renovación democrática del socialismo. Peter publicó bajo el seudónimo de Oliver MacDonald, el apellido de soltera de su madre. Escribió un número importante de textos en la revista durante los años ochenta –sobre Polonia, Gorbachov y sus políticas, el secesionismo soviético– y más incluso tras la victoria de Estados Unidos en la Guerra Fría: sobre la UE y Europa del Este, el papel de una Alemania unida y, en 1999, un número especial dedicado íntegramente a la guerra de la OTAN contra Yugoslavia.

Labour Focus había seguido el vaciamiento de los regímenes del bloque soviético sin perder la esperanza de que pudieran surgir en éstos formas democráticas a partir de sus economías socializadas. La transformación de Europa oriental en Estados satélites de Washington y la desintegración de la Unión Soviética empujada a precipitarse en una caída libre por mor de la terapia de choque estadounidense representaron una derrota histórica para todos aquellos que habían esperado que algo mejor pudiera surgir de las cenizas. No resulta, pues, sorprendente que algunos miembros del equipo de *Labour Focus* se mostraran desconcertados. Fue en ese periodo en el que la firmeza de Peter demostró sus galones. Tuvimos muchas discusiones sobre cuál sería el impacto de todo aquello sobre los amigos y colegas. Predijo que el trauma sería profundo y que muchos se quedarían por el camino, lo cual comenzó a suceder ya a

principios de los años noventa, cuando Estados Unidos lanzó su ataque contra Iraq tras haber dado luz verde a Saddam Hussein para que invadiera Kuwait. En la izquierda, hubo quien optó por considerar la Guerra del Golfo como la indicación de un nuevo y refrescante cosmopolitismo: una justicia global respaldada por Naciones Unidas imponiéndose a un régimen asesino, si bien armado y equipado por Occidente durante los últimos diez años. Con mayor lucidez, Peter contempló la guerra, que aseguraba una presencia militar estadounidense de envergadura en el Golfo, como un vector impulsor de los intereses imperiales envuelto en una bandera humanitaria liberal.

Las guerras de los Balcanes

Poco después se produjo la desmembración de Yugoslavia: primero, la secesión de Eslovenia y Croacia, propiciada por Alemania y Austria; después, la de Bosnia, con el estímulo de Estados Unidos, que condujo a los horrores de una guerra civil a tres bandas con atrocidades cometidas por todas las partes implicadas; y, finalmente, la guerra de la OTAN contra lo que quedaba del viejo Estado yugoslavo. Un grupo mucho mayor de nuevos «cosmopolitas» enarbolaron ahora la bandera de la OTAN sosteniendo que ésta era una guerra contra el «fascismo», el «genocidio» y la «tiranía»⁵. Raras veces me había encontrado con un Peter –un ser humano dotado de una increíble generosidad de espíritu, siempre dispuesto a ver lo mejor en la gente, incluso en aquellos pocos que combinaban desgracias– tan furioso como durante el ataque contra Yugoslavia. Iba a escribir sobre este tema específico más que sobre cualquier otro conflicto en el pasado o en el presente: en *NLR* y en *Socialist Register*, además de las 140 páginas de su artículo, «The Twisted Road to Kosovo» [El accidentado camino hacia Kosovo], publicado en *Labour Focus*. Mientras que los medios de comunicación occidentales describían los acontecimientos de Yugoslavia exclusivamente como el resultado de fuerzas internas, «nacionalistas exaltados» que apostaban por la desintegración, Gowan señaló el papel crucial desempeñado por las potencias atlánticas. En 1990, cuando la inmensa mayoría de los yugoslavos se oponía a ruptura alguna del país, Washington había insistido en el mismo programa austero de «terapia de choque» que se estaba dispensando a los países del ex COMECON. El paquete del FMI implementado por el ministro yugoslavo Ante Marković, con la colaboración de Jeffrey Sachs, había constituido «un punto de inflexión crucial en la tragedia», hundiendo al país en la crisis y privando al gobierno federal de toda sustancia. Con la hacienda estatal reducida a un estado de miseria, un ejérci-

⁵ Se produjeron algunos interludios tragicómicos, cuando los otrora defensores del carácter único del Estado yugoslavo se cansaron de utilizar los textos de Lenin sobre la autodeterminación nacional para defender su propio cambio de posición e intentaron encontrar sosiego en veladas a las que asistía la señora Thatcher –una firme partidaria del bombardeo de Serbia– antes de pasar a apoyar el dispositivo de seguridad estadounidense. Un reducido número de ellos apoyó la guerra de Iraq en 2003.

to que no había recibido sus salarios puede convertirse en un factor de-
 sestabilizante, como había comprendido Oliver Cromwell.

Peter fue muy crítico con las iniciativas alemanas que habían exacerbado la crisis y conducido directamente a la declaración de la independencia croata⁶. Contempló la campaña estadounidense a favor de la «autodeterminación» de una «nación bosnia», que no existía ni política ni constitucionalmente y que inevitablemente enfrentaría a bosnios serbios y croatas contra los musulmanes bosnios, como un intento de hacerse con el liderazgo de la crisis yugoslava a costa de Bonn. En vez de proteger a la población, la preocupación esencial de Washington era asegurar que Europa occidental siguiera subordinada a su liderazgo, algo en absoluto evidente en el escenario posterior a la Guerra Fría, con una OTAN claramente superflua y una nueva y enorme esfera de influencia alemana abriéndose paso en Europa central, que potencialmente se extendía desde el Mediterráneo hasta el Báltico. Peter condenó con vehemencia el «sistema de política de potencia practicado por los países occidentales», que «de modo decisivo podía contribuir, despreocupadamente y sin pagar coste alguno, a hundir a Yugoslavia en el caos y la guerra, que luego la utilizaba para avanzar en sus fines geopolíticos y después intentaba obtener un capital político de los juicios en los tribunales de crímenes de guerra a los perpetradores de atrocidades, mientras ellos mismos rechazaban toda responsabilidad en lo sucedido»⁷. Una política occidental que hubiera puesto por encima de todo la seguridad de las poblaciones de los Balcanes habría seguido una ruta totalmente diferente: un marco orientado hacia el desarrollo para el conjunto de la región. En los últimos años, Peter hablaría de los escuálidos protectorados de la OTAN que poblaron los Balcanes y los comparó con lo que podrían haber sido. Por el contrario, la destrucción social a escala masiva había sido el precio pagado para cosechar una victoria política histórica por parte de los dirigentes estadounidenses, que habían conseguido que la opinión pública europea acepta-

⁶ Su opinión fue confirmada por el líder del SPD Oskar Lafontaine en un discurso pronunciado en Saarbrücken el 1 de mayo de 1999, unas semanas después de que dimitiera como ministro de Economía: «Oigo decir con frecuencia que Alemania no debería optar por su propio camino, pero debo recordaros que, en el momento en que comenzó todo esto, Alemania en realidad optó por su propio camino empujando las cosas en determinada dirección al reconocer la independencia de las repúblicas constituyentes de Yugoslavia frente a la oposición de París, Londres y Washington [...]. La libertad y la autodeterminación no son compatibles ni con la exclusión nacional ni con la exclusión étnica. La libertad y la autodeterminación únicamente son imaginables cuando se hallan vinculadas a la solidaridad y la fraternidad humana. Ésta es la razón por la que fue erróneo reconocer este sinsentido del particularismo de los mini Estados [*Kleinstaaterei*] basados en diferencias étnicas. Fue también un error cuando los bombardeos de la OTAN hicieron posible que Croacia expulsara a los serbios de Krajina»; T. Ali (ed.), *Masters of Universe. NATO's Balkan Crusade*, Londres, 2000.

⁷ P. Gowan, «The NATO Powers and the Balkan Tragedy», *NLR* I/234 (marzo-abril de 1999) [ed. cast.: *La apuesta por la globalización*, Madrid, Akal, 2000, capítulo 13 (no incluido en la edición inglesa original), que también incluye el artículo de P. Gowan, «Making Sense of NATO's War on Yugoslavia», en Leo Panitch y Colin Leys (eds.), *Necessary and Unnecessary Utopias. Socialist Register 2000*, Londres, 1999].

se el uso de la OTAN como fuerza «humanitaria» en las guerras de elección estadounidenses, así como la legitimidad de bombardear a Estados no agresores.

«Globalización»

Desde 1990 el trabajo de Peter se centró cada vez más en el análisis de los objetivos estratégicos de las elites estadounidenses y europeas, ya que ambas colaboraban para reestructurar el mundo posterior a la Guerra Fría. Como siempre, su punto de partida fue que, para comprender el modo en que se está utilizando el poder del Estado y con qué fines, dado que la confección de las políticas en los órganos ejecutivos de los Estados y en las instituciones multilaterales se halla en gran medida cerrada al escrutinio público, es preciso profundizar en el detalle de las negociaciones entre bambalinas y «proyectar retrospectivamente» en el *cui bono* [a quién beneficia] de los resultados de esas políticas. Insistía también en la naturaleza altamente política de las instituciones económicas y financieras y de las modalidades de uso de la actividad estatal. Su libro *The Global Gamble*, publicado en 1999, criticó nociones como la que afirmaba que la «globalización» era el resultado de procesos económicos orgánicos y demostró de modo fehaciente cómo la transformación de la economía mundial en la década de los noventa había sido impulsada por decisiones altamente políticas de los operadores del «Régimen Dólar-Wall Street» en Washington y Nueva York. Hablar de un «mercado financiero global» ocultaba el hecho de que, desde la década de los ochenta, la abrumadora mayoría de la actividad financiera internacional se había centrado en Wall Street o en su «satélite», la City de Londres. «Quienes creen que el adjetivo “estadounidense” es superfluo», sostenía, deben preguntarse cuál sería la diferencia si el sistema financiero internacional estuviera dominado por mercados y operadores ubicados en China, por no hablar de Irán.

The Global Gamble trazó los orígenes del Régimen Dólar-Wall Street remitiéndolos a la reestructuración del sistema monetario internacional por parte de la Administración Nixon en la década de los setenta, motivada por el «largo declive» experimentado por el sector productivo y la revitalización de los intereses del capital financiero. El abandono tras Bretton Woods del oro para optar por el sistema de cambios flotantes basado en el dólar proporcionó un mecanismo inmensamente poderoso mediante el cual Washington y las instituciones financieras internacionales dirigidas por Estados Unidos podían efectuar cambios en el entorno económico global. Las crisis generadas por la volatilidad resultante de las variaciones en las cotizaciones de las monedas y de los flujos de capital se utilizaron a su vez por el FMI para reestructurar otras economías nacionales de acuerdo con los criterios neoliberales. Para Gowan, el «neoliberalismo» no era simplemente una ideología partidaria del libre mercado, sino un proyecto de ingeniería social. Externamente, implicaba abrir la economía política de un Estado a los productos y flujos financieros procedentes de los

países del centro bajo el nombre de globalización. Internamente, significaba reconfigurar las relaciones sociales internas del Estado «a favor de los intereses de acreedores y rentistas, con la subordinación de los sectores productivos a los sectores financieros, así como una estrategia para arrancar la riqueza, el poder y la seguridad de manos de la mayoría de la población trabajadora». La tendencia a privilegiar «los intereses de los rentistas y especuladores sobre las exigencias funcionales de la inversión productiva» condujo a una expansión hipertrofiada de los productos derivados. Con gran lucidez, Peter juzgó la «apuesta por la globalización» como «desestabilizadora, y con toda probabilidad económicamente inviable», y susceptible de generar una «inestabilidad crónica» que «supeditaría el destino de la economía al funcionamiento de los mercados bursátiles». Sin embargo, la debilidad económica se combinaba con un «extraordinario éxito político»: Estados Unidos no se había enfrentado a ninguna amenaza o competidor significativo⁸.

A contrapelo de las formulaciones pasivas o carentes de sujeto —estalló la guerra— de los análisis predominantes, los escritos de Gowan siempre resaltaban el papel de los agentes humanos: las elites que elaboran las políticas estratégicas, los altos funcionarios del Estado, los planificadores militares, que persiguen activamente intereses particulares de clase o nacionales. Si este planteamiento corre el riesgo de sobredimensionar la intencionalidad y de infravalorar la estructura, como se sugería en ocasiones en las discusiones internas de *NLR*, en esta era despolitizada esta sobre-corrección tiene un gran valor. Su trabajo se dirigió siempre a un público de potenciales activistas, artífices y motores de un proyecto de reforma mundial. Gowan escribió para revelar —para desnaturalizar— el funcionamiento del poder capitalista contemporáneo, para contribuir al «ejercicio democrático público de su responsabilidad de influir en el comportamiento de los Estados en los que vivimos». Fue un intelectual orgánico de la izquierda en el sentido gramsciano clásico, que, por desgracia, operaba en un entorno en el que no existe partido socialista de masas alguno.

Alto y corpulento, con una sonrisa generosa, Peter era un hombre fuerte que podría haber disfrutado de otros veinte años de vida si no hubiera sido golpeado a sus sesenta y tres años por un mesotelioma, un cáncer relacionado con el amianto imposible de detectar antes de su implosión final, probablemente contraído en el ruinoso edificio que durante la posguerra albergaba Barking Tech. De vacaciones en Canadá durante el verano de 2008, un mes antes de ser diagnosticado, corría casi diez kilómetros al día. Se enfrentó a su muerte con extraordinaria calma, buen humor y coraje. Su último artículo «Crisis in the Heartland» [Crisis en el corazón del sistema], escrito después de su primer tratamiento de quimioterapia y publicado en *NLR* 55, es un prodigioso análisis del colapso de 2008 que con-

⁸ P. Gowan, *The Global Gamble. Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres y Nueva York, 1999, pp. vii-xi [ed. cast.: *La apuesta por la globalización*, cit.].

cluye haciendo un llamamiento en pro de un sistema crediticio concebido como servicio público. Mantuvo todas sus facultades intelectuales hasta el final y durante sus últimas semanas grabó una larga serie de entrevistas con Michael Newman y Marko Bojcun, sus colegas y amigos en la London Metropolitan University, de las que estamos orgullosos de publicar los extractos que conforman el siguiente artículo. Leninista hasta el final, planificó su funeral con meticuloso detalle al lado de su familia, y dejó su hogar a los acordes de «Vietnam Song» de Country Joe: «Gimme an F!».

«Estoy realmente contento de ser materialista», me dijo cuando estaba en su lecho de muerte. Nada de creer en insensateces. Todos tendremos que irnos algún día y la única diferencia es que él supo cuándo. Fue demasiado pronto: tenía libros que escribir y promesas que mantener; pero la muerte no sabe de pérdidas. En la última conversación telefónica que mantuvimos, hablamos de Afganistán, comparando la guerra actual con las igualmente devastadoras que la precedieron. Le leí un verso de un poema de Kipling que reflejaba el estado de ánimo a finales del siglo XIX, cuando Winston Churchill era un joven oficial en la región:

Cuando estés herido y abandonado en las planicies de Afganistán,
y las mujeres aparezcan para destrozarte lo que queda de ti,
abrazate a tu fusil y vuélte los sesos.
Y encamínate a tu Dios como un soldado.

Peter estalló en una estruendosa carcajada. Un sonido que guardo como un tesoro.